

A largas jornadas, llegó al Colegio de Christo crucificado, y al verle de marcha, fue muy doloroso el sentimiento de toda su Comunidad, no pudiendo remediar la ausencia del que amaba y veneraba como á su Fundador, Padre y Caudillo, y que era la primera fundamental piedra del material y espiritual edificio de aquel Apostólico Seminario. Llegado el día de su partida, se despidió de la Santa Comunidad, postrado en su presencia, pidió perdon de sus defectos, y de cualesquiera mal exemplo ó escándalo que hubiera dado. El Prelado, por dar treguas á la ternura de paso tan sério, le mandó que dixese alguna cosa de edificacion á la santa Comunidad. Entónces el humildísimo Padre, que en rígido escrutinio de su conciencia, solo latía como escrúpulo el que mandando las Bulas Apostólicas que los Misioneros no salgan del Colegio á la Ciudad, sino para algun inevitable negocio, y esto rara vez, para que quanto mas vigilantes fueren de la monástica soledad, se hagan mas aptos para reprehender las diversiones de los Fieles, y que en este punto se podía haber notado que á él de día y de noche le habian visto siempre ocupado, bien que en gravísimos é inevitables negocios, y todos muy propios del ministerio; con todo, para satisfacer á algun escándalo pasivo, dixo: «Que por la misericordia de Dios, aunque le habian visto andar en la Ciudad en las calles y plazas, y por todas partes, pero siempre habia estado en la presencia de Dios, sin salir de ella.» Esto era tener el corazon tan desprendido de la tierra, como si viviera en otra region extraña, sin que le debiese, apenas una ternura, algun otro objeto que la divinidad inmensa, á quien buscaba

con suspiros todo el día, y en las mismas cosas en que le empleaba su Providencia para el bien de las almas: por eso tratando con las criaturas, no se salía de aquella presencia, que sin falta se le presentaba en ellas, solo para remediarlas. Habiendo tambien cumplido con las urbanidades debidas á las personas de todos los estados de aquella Nobilísima Ciudad, que tanto amor y veneracion le profesaban, fue general el sentimiento de verse privados del asilo que en él tenían para sus cuidados, y del consuelo de todas sus aflicciones, con lo que emprendió el Venerable Padre su viage, ó por mejor decir, su peregrinacion apostólica, llena de frutos espirituales, y de admirables sucesos.

Caminaba el Siervo de Dios alumbrando aquellos eriazos desiertos como una estrella; y así, parecia insensible á sus ardores é incomodidades; pero iluminaba con su predicacion y exemplo todos los Poblados, Estancias y Ranchos del contorno; y confesando á innumerables que lo necesitaban, y estaban ya envejecidos, y aun bien hallados, en las tinieblas de las culpas. Atravesaba un día un bosque; y le vió un Vandido, ó Saltador, de caminos, y atraido de su penitente aspecto, le salió al encuentro, y le dixo: ¿Para donde, mi Padre? A lo que le respondió con agradable semblante: camino para la Gloria. Y le replicó: ¿Y yo, para donde camino? Tambien para la Gloria, respondió el Venerable Padre. Hizole fuerza al Ladron tan liberal franqueza, y le pareció incompatible con su desastrada vida; y así, le dixo: ¿Como podrá ser eso que V. P. me dice, teniendo yo este maldito exercicio? Bien, le satisfizo el Padre, dexando esos malos pasos, y haciendo una confe-

sion verdadera. Pues manos á la obra, dixo el hombre, rindiendo las armas, ya trocado en un penitente el foragido.

Entraron ambos á lo mas oculto del monte, y el Venerable Padre le fue instruyendo el entendimiento é inflamando la voluntad, de forma que hizo una confesion entera y dolorosa, con tales muestras del dolor de sus culpas, que quedó el Venerable Padre muy confiado de la divina Misericordia, por los destellos con que resplandecia en aquella alma su inspiracion y su gracia. Con estas luces, le dió tambien el Señor la correspondiente para que escribiera un papel, cuya substancia era: Dará V. P. sepultura al portador. Y sin saber el hombre su contenido, lo cerró el Venerable Padre, y le encargó que lo llevara á cierto Convento: él prometió hacerlo con eficacia, y le preguntó: ¿Pero qual es la penitencia que V. P. me impone por mis muchas y gravísimas culpas? El que te duelas de ellas, por ser ofensas de una bondad infinita, y que los pasos que des desde aquí al Convento á donde te envié los ofrezcas en penitencia. Despidióse del Venerable Padre, tan lloroso como agradecido, é iba por el camino dando á Dios las gracias por sus inefables misericordias, y renovando los afectos de dolor y contricion de sus culpas: así llegó al Convento, y dando el papel al Religioso á quien iba dirigido, luego que lo leyó se quedó confuso; pero examinando al portador, este le informó de todas las circunstancias del caso, y al punto se cayó á sus pies muerto. Mayor fue entónces el asombro del Religioso, viendo los inexcusables juicios en la salvacion de las almas, y

le daba infinitas gracias por la luz que se dignó comunicar al Venerable Padre para la predestinacion de aquella, y le dió á su cadaver la eclesiástica sepultura que se le encargaba.

Llegando el Venerable Padre á Oaxaca, se ofreció á acompañarle un hombre que hacia tornaviage á Querétaro, y en el camino le preguntó, ¿quanto tiempo habia que no se confesaba? El dixo seis meses; pero el Padre, que deseaba remediar su alma, le replicó: ¿Como puede ser eso verdad, si ha tres años que no te confesabas, por tal y tal pecados, que tienes callados por vergüenza? Llévese el hombre de pavor, y logrando ocasion tan oportuna, hizo una confesion entera y dolorosa, que llenó su alma de consuelo; y despues él mismo descubrió á un Confidente suyo todo el suceso, asegurando, que si en aquella ocasion se hubiera muerto, no dudaria volarse su alma derecha al Cielo.

Parece que toda la mortificacion que el Venerable Padre toleraba en los caminos, y los duplicados pasos y afanes con que buscaba los pecadores, hasta en los mas humildes cortijos y despreciables chozas de los Indios, para explicarles la doctrina, y que se confesasen de sus culpas, se los retribuía el Señor con tan admirables conversiones, como son las que por algunos accidentes han podido llegar á nuestra noticia; pero se debe suponer, que siendo estas efectos del fuego de caridad que respiraba en su apostólico zelo, serian otras muchas mas, y quizá mas admirables, las que nos ocultó su profundísima humildad; pues reputándose por la misma nada, era preciso que sepultura en el olvido todo quanto podía ser en su aplauso.

CAPÍTULO XVIII.

Llega el Venerable Padre á México, y pasa á Zacatecas á la fundación de su Colegio Apostólico.

TENIA la soberana Providencia destinado al P. Fr. Antonio para Jardinero del nuevo plantel de Seminarios Apostólicos, en que florecieran y fructificaran los Misioneros, para que con su ejemplo los instruyera en el cultivo de su viña; por eso le iba ocupando en cada uno el tiempo necesario para su perfeccion regular, labores y beneficios necesarios al ministerio. En el primer Pensil dexó entre prodigiosas fragancias de flores, arragaido sobre una piedra viva, escogida y preciosa, el árbol de la Vida: en el segundo lo trasplantó al monte de la mirra, en que transformado en vid misteriosa, dió el fruto de la Redencion humana conmutado en sangre y agua: en el tercero labró entre las nuevas flores que aparecieron en nuestra tierra, con otras fecundas rosas, el Jardin de la Reyna.

A poco mas de una legua de la Ciudad de Zacatecas estaba fundado un Hospicio de Misioneros, que aquella Nobilísima República pidió al Rey nuestro Señor se dignase de concederle, el que se erigiese en Colegio Apostólico, y atendiendo S. M. á sus informes y piadosos deseos, se dignó de concedérselo por su Real Cédula: En virtud de ella, deseando el Rmó. P. Comisario General de Indias darle al nuevo Colegio un Prelado, que con su doctrina y exemplo radicara en él la observancia de la Regla, y la práctica del Instituto Apostólico, le mandó por santa obediencia al P. Fr. Antonio, que dexada qual-

quiera otra ocupacion en que se hallase en Guatemala, pasara luego á la fundacion del Colegio de Zacatecas.

Con este superior impulso se partió el V. Padre desde las montañas de la Talamanca á pie, y como siempre caminaba, iluminando con los rayos de la doctrina evangélica toda la tierra, y se presentó á la obediencia del M. R. P. Comisario General en México, y conferidas las providencias necesarias á su destino, se vino á Querétaro, en donde fue recibido como Fundador, ex-Guardian y Padre de su Colegio, y en la Ciudad con el júbilo y veneracion con que siempre le habian estimado; y deteniéndose dos meses, lograron todos el consuelo, unos de renovar los votos que habian hecho por su direccion y consejo, y otros desahogar sus conciencias y purificar sus almas.

Escogió para Operarios del nuevo Colegio algunos Religiosos de éste, y llegando al Hospicio, se postro ante la hermosa Imágen de nuestra Señora de Guadalupe, y le dió humildes gracias por haberse dignado de traerle de mas de seiscientas leguas, á ser su rendido súbdito, y como á Prelada y Patrona del nuevo Colegio, le hizo demision del oficio, y puso á sus plantas las llaves y sello de él, quedando solo con el título de Vicario y Siervo suyo. Pasó á cumplimentar con rendido obsequio á todos los Prelados, Ilustre Cabildo y Nobles Ciudadanos, que no le conocian mas que por la fama, quedando

todos muy prendados de su afabilidad religiosa.

Dió principio á su gobierno abriendo muy hondos los cimientos de su místico edificio, que deseaba fuese muy alto, y por eso erigido sobre una humildad profunda y oracion continua, por lo que era el primero en todos los ejercicios de una Comunidad Apostólica, sin desdenarse de los mas humildes, con lo que le seguian todos sus Súbditos en sus fervorosos pasos, no solo en las asistencias del Coro, sino en las tareas del Confesonario y del ministerio: Con estas estimulaba mas á los nobles Ciudadanos á cooperar á sus zelosos deseos de fortificar en aquel sagrado Santuario un inexpugnable alcazar y plaza de armas, para hacer interminable guerra al Príncipe de las tinieblas y comun enemigo de las almas; y á tan glorioso fin concurrían con crecidas limosnas, no solo para las necesidades de los Religiosos, sino tambien para la fábrica de la Iglesia y del Convento.

No era ménos el fervor de los Peones de las minas y demas Artesanos, pues concurrían á ayudar á la obra con sus faenas, alentando el V. Padre su devocion, no solo con que las dirigieran á la mayor gloria de Dios, sino tambien con los oficios que podia su caridad agradecida: esta le llevaba á visitar á los necesitados; y aunque sus entradas en las casas eran como de Médico por lo breve, pero eran eficaces sus remedios. Pudieran anotarse como prodigiosas muchas de estas curas espirituales, si el V. Padre hubiera sido menos cauto; pero una se supo por el Compañero. Vivía en la Ciudad una Señora viuda con tres hijas doncellas, y una casada con un Escribano Real, del que pendía toda

la manutencion de la familia: este por negocios de importancia se habia ausentado á lexas tierras, y al cabo de un año les llegó á las Señoras la infausta noticia de que habia muerto. Era imponderable su dolor; y estando en su penoso duelo, fue el V. Padre á visitarlas, y sin preguntar la causa de sus lágrimas, les dixo: Mañana estará aquí, consuelense, y deale gracias á Dios, y sin mas razones se despidió. Al siguiente dia vieron cumplida la promesa, llegando el Escribano á su casa: de lo que alborozadas daban al Señor repetidas gracias.

De Zacatecas se difundió la fama de la predicacion del V. Padre á Guadalajara, y deseando su zeloso Pastor y Obispo la reforma de costumbres y perniciosos abusos que en aquella Ciudad reynaban, le rogó que fuese á hacer mision, con instancia, y no pudiendo negarse á tan venerable y justa propuesta, fue con otro Compañero, y á la voz de aquel clarín evangélico le dió el Señor tal eficacia, que se abatieron los muros del escándalo, y vió su V. Prelado los copiosos despojos que deseaba, porque vió reformada aquella Ciudad populosa, con mucha gloria de Dios y bien de las almas. De allí prosiguió el V. Padre misionando en muchos Pueblos, y en todos era grande la conmocion, é innumerables las confesiones y penitencias públicas, lo que avivaba la llama de su insaciable zelo, y así le escribió á un Misionero: » Pidamos » al Señor que nos dé vida para hacer » algo, hasta el dia del Juicio, que pa- » ra gozar de Dios nos queda una eter- » nidad; pero para hacer algo en ser- » vicio de Dios y bien de nuestros her- » manos, es muy corto el tiempo que » hay hasta el fin del mundo.

Bien calificados tenia estos afectos del V. Padre la Real Audiencia de Guatemala, y por esto con extraordinarios esfuerzos pretendió que volviera á aquel Reyno, que le veneraba como Apóstol suyo. Había muerto por aquel tiempo el V. P. Fr. Tomás de Arrivillaga, varon de singular virtud, y por su defecto, decretó su Real Audiencia, que se enviase á llamar al P. Fr. Antonio, y comunicándosele este orden por medio del Señor Fiscal, respondió con humildes expresiones de su gratitud, representando que, si pudiera, volara, para satisfacer la voluntad de su Alteza; pero que se lo impedían unos grillos tan remachados, como son los de la obediencia de los Prelados: haciendo ver en el caso el imperio que en su corazon tenia, pues siempre fue la obediencia el árbitro de sus operaciones y pasos, y hasta sus respiraciones quisiera que salieran inspiradas de este influxo, mas que de su aliento natural.

A los tres meses de haber salido para Guadalaxara, se volvió al Colegio, y con desvelo asistia á todos los ejercicios de Comunidad, y continuos afanes del ministerio; y siendo ya la Quaresma, eran interminables las tareas del Confesonario; pero por ocurrir á la mayor necesidad, salió despues de Pasqua con otro Compañero, para el Obispado de Guadiana, á el que fue alumbrando con doctrina que encendia en todos los Pueblos el amoroso fuego que Jesuchristo vino á derramar por el Mundo; por lo que, habiendo corrido como cinco meses en este utilísimo incendio, se volvió al Colegio, dando á nuestro Señor las gracias de lo mucho que habia obrado su Magestad en aquella Mision, y por la salud y fuerzas corpo-

rales y espirituales que les habia dado para cooperar, con su divina gracia, al consuelo de tantas almas: siendo el amor de Dios, de que nacian estos afectos, el que llenaba su corazon como con dos amores, quando el del próximo era efecto de un amor solo.

A este tiempo estaba en Querétaro el M. R. P. Comisario General, y le fue preciso al V. Padre venir á su presencia para el expediente de varias cosas, por lo que le ordenó se retirara al Colegio, para descansar mientras se determinaban: descanso que el V. Padre tomó gustoso, para gozar de los ocios que acostumbraba dar á su espíritu, que fueron asistir de dia y de noche al Coro, no faltar al Confesonario, y dar consuelo á muchos con sus fructuosas visitas y saludables consejos; sin que su caridad los negara, á costa de trabajo: pues por darlos á algunas personas, que vivian recogidas en el Pueblo de San Juan del Rio, distante diez leguas, las visitó, animó y fervorizó en sus santos propósitos, volando, como Aguila veloz, porque en ida y vuelta gastó solo tres dias.

En esta demora le ocurrieron al M. R. P. Comisario General graves urgencias de su oficio, que le impedían asistir al Capítulo ó Congregacion intermedia de la Provincia de Zacatecas, y determinó dar comision para presidirla al P. Fr. Antonio; la que admitió, solo confiado en la seguridad que está anexa á la obediencia, y atendido á que del Cielo le habian de venir los aciertos, que imploraba con humildes votos, y esperaba por las oraciones, que supplicaba, interpusieran para alcanzarlos del Señor, á otras personas espirituales. En esta confianza pasó á San Luis Potosí, y presentadas y obedecidas sus Letras

patentes, expidió la convocatoria, señalando el dia para la Congregacion intermedia; y como para llegar á él, faltaban casi dos meses, no suspendió las obligaciones de su Apostolado, sino que guiado de la Providencia, que lo gobernaba en todo, caminó quarenta leguas hasta la Villa de los Lagos, en la que hizo mision, siendo cada cláusula que salia de su boca, una encendida flecha que traspasaba los corazones y los rendia á la penitencia: así quedó renovada en ella aquella poblacion numerosa, y prosiguió predicando y confesando en otros Pueblos, con frutos tan conocidos, que como el Venerable Padre escribió á otro Misionero: «Dios nuestro Señor hizo su mision en Lagos, y derramó sus misericordias como siempre. Sea alabado de todos. Amén.» Á otro le decia: «Mientras se hizo tiempo de la Congregacion, con mi Compañero, hicimos mision en la Villá de Lagos, que fue una redencion de muchas almas. Bendito sea Dios, que nos dá tiempo, gracia y salud para hacer algo en gloria solo suya y bien de las almas.» Esta misma felicidad logró la Ciudad de San Luis, pidiendo al Venerable Padre hiciera mision en ella, y fue con raros efectos, pues por quince dias continuos, los confirmaban las mudas lágrimas y muchísimas confesiones, que produxeron gran reforma de las malas costumbres. Una de ellas era, como en otras muchas partes, el jugar las Carnestolendas por las calles; y estando ya en tales dias, para que la disolucion de la plebe no hiciese olvidar los buenos propósitos concebidos en la Mision, salió el Venerable Padre, como él decia, á jugarlas; pero para tirar piedras al Diablo, y hacerle rabiár con las lá-

grimas que derramaban los que conocian y aborrecian sus pasadas culpas.

Llegado el dia asignado, dió expediente á la Congregacion, con una lentitud presurosa, que sin dexar de ser prudencia, era prisa y una como fuga, corrido de verse presidiendo con ínfulas de Prelado, á tan docto, santo y venerable Congreso. Este ingenuo afecto y propio conocimiento, le habia grangeado las voluntades de todos los Reverendos Capitulares, y así quedaron acordadas todas las cosas á satisfaccion suya y de los Superiores; pues en todo se procedió con una paz venida del Cielo, lo que el mismo Venerable Padre ponderó en una Carta, diciendo: «Ha celebrado nuestro buen Jesus un Capítulo intermedio en esta Santa Provincia de Zacatecas, con tanta paz, que hasta ahora no se ha visto.» Con este mismo vínculo de la caridad religiosa, se despidió de tan respetable Junta, dándole en las demostraciones de su urbanidad y rendimiento, verdaderas pruebas de su gratitud y fraternal cariño.

Yendo ya el Venerable Padre para su Colegio, á la primera jornada supo un Caballero que iba á parar á su Hacienda, y le dixo á su Esposa: Hoy tenemos de huesped en la mesa un grande amigo de Dios. Prevínose una comida decente, y estando á la mesa, la curiosidad mugeril de la Señora estaba notando que el Padre comia sin melindre de lo que le ponian delante, y en su interior decia: ¿Qué Santo ha de ser este que así come? Y mirándola con mesura el Venerable Padre, le respondió: «Señora, deso cumplir con mi obligacion: si no le damos de comer al Burrito, nos dexará en el camino.» Y prosiguió comiendo. Fuese despues de siesta, y

preguntándole el marido á la Señora, por qué habria dicho aquello el P. Fr. Antonio, le respondió confusa: Ese hombre es Santo, sábete que me leyó el interior; y le refirió por menudo quanto le habia pasado.

Caminaba el Venerable Padre, ansioso de volver al dulce retiro de su Colegio, donde cada veta de plata, de las muchas que enriquecen aquella famosa minería, se habia vuelto de imán para atraer su corazón; pero no por eso dexaba de hacer en todas las posadas fervorosas pláticas, ni de confesar á quantos se disponian para ello, siendo su doctrina y su exemplo dos faroles, que iban alumbrando las almas para salir de los tenebrosos precipicios á que las conduce el Príncipe de las tinieblas; y así, llegó como hijo de la luz á la presencia de la divina Aurora, de que nació al Mundo el Sol de Justicia. Luego se entregó no solo á los ejercicios monásticos, sino á los que provocaban el santo tiempo de Quaresma, y los grandes concursos que baxaban de las minas para confesarse en el Colegio, á los que no solo proveía del pan que pedian, sino que se extendia su compasivo corazón á darles tambien el corporal, atendiendo la necesidad de alimento que tendrían los que venían de lejos, sin temer que por eso les faltara lo necesario á los Religiosos, pues ellos mismos han continuado hasta hoy tan caritativo socorro, con los mismos efectos que de la soberana Providencia experimentó su piadoso Siervo.

Se competían, y muchas veces se complicaban, la caridad que ardía en el pecho del Venerable Padre, y le robaba su quietud por el bien de las almas, excediéndose su espíritu con las de los enfermos, que

por estar en extremo peligro, necesitaban mas el socorro, y el zelo de la mas rigida observancia y asistencia á los divinos Oficios; pero la sabia Providencia, que en todo lo gobernaba, y se complacia en tan nobles afectos, le dió muchas veces tal agilidad, que pudiera desempeñarlos ambos. Llegó un hombre pidiendo una confesion, para un enfermo que estaba distante mas de quatro leguas, y oyéndole el Venerable Padre, le dixo: Anda, que allá voy. El le replicó: Padre, traigo Caballo para que vaya á prisa, porque si no, ya no hallará vivo al enfermo; y le volvió á decir: Anda, que ya voy. El se fue desconsolado, y caminando sin detencion alguna, encontró al Venerable Padre, que venía ya de vuelta, habiendo confesado y consolado al enfermo. Otra ocasion, y en un Sábado por la tarde, estaba el Venerable Padre en Zacatecas, y oyendo repicar, le preguntó al Compañero por qué sería; y diciéndole, que por haber dado las quatro repicaban á la Salve, le respondió: pues vamos á cantarla en el Colegio. Túbolo el Compañero por imposible, por haber mas de una legua de camino, y cantarse la Salve á la misma hora en el Colegio; pero saliendo de la Ciudad, le dixo: Sígame. Púsose en pos de él, y le parecia que corría la tierra con ellos, de suerte que al segundo repique estaban ya en el Colegio. El Venerable Padre se fue derecho al Coro; pero el Compañero quedó mareado, como sucede á los que navegan. Era prodigiosa en el Venerable Padre su fortaleza, pero lo mas admirable es, que tambien fue comunicativa, pues solo con usar de sus sandalias, aunque fuesen los débiles y enfermizos, no sentían cansancio en los caminos, como lo expe-

rimentaron varios Religiosos.

Habia ya incorporado en el Colegio el Venerable Padre algunos Religiosos de las Santas Provincias, y habiéndoles de educar por la disciplina que prescriben las Bulas Apostólicas, era necesaria tanta caridad como prudencia para inducirles suavemente á ella; y así, les atendia como la Madre mas amorosa: ni quería hacer ausencia larga porque no les faltara el abrigo de su sombra, ni el alimento de sus dulces y saludables consejos; por lo que se mantuvo todo el año en el Colegio, aunque para desahogar en parte la llama que ardía en su pecho, iba en ocasiones á la Ciudad, y quando ménos lo esperaban, resonaba aquel clarín evangélico, ya en las plazas, en las calles ó en los Templos.

Tuvo noticia de que una Compañía volante de Comediantes habia entrado en la Ciudad, y que el Domingo inmediato habian de comenzar sus representaciones, y á las dos de la tarde ya estaba en ella con otros tres Compañeros. Entró como una nube sonora, y en medio de la plaza dió el primer bramido, que tronando sobre muchas cabezas, decia: «Ó no ha de haber Comedias, ó si obstinados perseveran en que las haya, hemos de pedir á nuestro Señor Jesuchristo que visiblemente vengan los Demonios por estos Ministros suyos.» Toda la tempestad se formó sobre el innumerable concurso que venía al Coliseo, porque á su vista estaba formado el nublado de los quatro Misioneros, y tenían exáltado el Santo Christó; y aunque muchos afectaban que no oían los truenos, se les metían por los ojos los relámpagos, quando ya otros sentían en los corazones los rayos: por fin se serenó

la tormenta, abandonando el Hospital sus intereses, y cantando la Letanía de la Reyna de los Cielos, se encaminó para la Iglesia todo el concurso, en donde el Venerable Padre, con razones y sagradas invectivas, les ponderó los gravísimos daños que causan en una República, y mas en las almas, las representaciones cómicas, con lo que quedaron, aun los que solo habian ido sin mas fin que el de perder el tiempo, muy desengañados.

Solo los Farsantes quedaron muy ardidos, y viendo frustrados sus intereses, que esperaban crecidos, mudaron los trages de la Comedia, en los de una sangrienta tragedia, porque á influxos del Demonio se disfrazaron asesinos, para tomar una ruidosa venganza. Salieron á la medianía del camino que hay de la Ciudad al Colegio, y emboscados, esperaron allí á los Padres: pasaron los primeros, y como no iba entónces el Venerable Padre, no hicieron demostracion alguna, por no perder el tiro de que pagara con la vida el que les habia destruido todas sus diabólicas máquinas é infernales ideas. No acabó de predicar el Venerable Padre hasta entrada la noche; y así, salió de la Ciudad tarde, pero comenzó el camino rezando la Corona de Maria Santísima, y al llegar al sitio, le dixo al Compañero que respondiera quedo, lo que le causó novedad, pero al otro día se descubrió el motivo, porque por la mañana se presentaron en el Colegio los Farsantes, confusos y arrepentidos, y confesaron, que al tiempo de salir con las armas para matar á los Padres, se quedaron inmortales como estatuas de piedra, hasta que conociendo que Dios les castigaba por sus sacrílegos intentos, le pidieron arrepentidos misericordia, y ofre-

cieron confesar sus culpas, y quitarse de ocupacion tan pésima, y que entonces se les fueron recobrando los movimientos, y que venian á cumplir lo prometido; y haciendo con el Venerable Padre confesion general de sus culpas, se aprovecharon de tan conocida misericordia, á los que no solo les franqueó el remedio de sus almas, sino que les consiguió del Síndico Apostólico una competente limosna para restituirse á sus casas, y buscar con mas honesto modo el sustento de sus familias.

Para exercitar en el ministerio sus nuevos Operarios, hizo el Venerable Padre aquel año mision en Zacatecas, y como Capitan aguerrido,

CAPÍTULO XIX.

Entra el P. Fr. Antonio por orden del Rey á la reduccion de Nayeritas, y vistos los embarazos para ella, representa los medios mas oportunos para conseguirla.

HAbian frustrado la barbarie é indómata rebeldia de los Nayeritas la entrada á sus tierras, que en varias expediciones emprendieron los Ministros Reales y evangélicos, sobre cuyos sucesos informó al Rey nuestro Señor, el Oydor Don Juan Picado Pacheco, y fue su representacion tan bien vista en el Real Consejo de Indias, que en vista de su respuesta, y del Fiscal, expidió S. M. Real Cédula, en que mandó al Señor Presidente y Real Audiencia de Guadalaxara, que aplicasen todos los medios que juzgase convenientes á la conquista del Nayar. Era uno, indicado en el dicho informe, el que corriese la expedicion evangélica por mano del V. P. Fr. Antonio, por ser

tan diestra como experimentada en apostólicas empresas: ordenó así S. M. y que antes se le pidiese informe. Todo lo practicó la Real Audiencia, haciéndoselo saber al Venerable Padre, por lo que pasó á Guadalaxara, y obedeció gustoso, formando la consulta que se le ordenaba. En ella vació todo el néctar suavísimo de su espíritu, como tambien el buen juicio con que pesaba todas las circunstancias que podian impedir la conquista, y los medios que, según la larga experiencia que tenia de semejantes expediciones, podian facilitarla. Es evidente que los arbitrios que proponia eran los mas congruentes y eficaces; pero pulsando de cerca el deplorable estado de aquella rebeldé Provincia,

reconoció ser para él, importunas la suavidad y la razon, y muy necesario el estruendo de las armas, pues solo éste les podia hacer ver á sus infelices Idólatras la luz evangélica, y su verdadera felicidad.

Interin que la Real Audiencia acordaba las providencias, hizo el Venerable Padre mision en la Ciudad, que le oía con veneracion y fruto; y expedidos los despachos, en que se le encargaba atendiese á la seguridad de su persona, dió principio á su jornada por la sierra de Tepique, y haciendo mision en aquellos Pueblos, sacó del de Guaxuquilla y de San Nicolás, tres Indios, de los que fue el primero Don Pablo Felipe, que á mas de saber escribir, entendia la lengua Cora, que es la del Nayar, y otros dos, de los que uno era Tarasco. En el mismo Pueblo se halló con el P. Fr. Luis Delgado, escogido Compañero; y pasando á Guazamota, desde allí despachó á Don Pablo Felipe con otro Indio, y una Carta á los Nayeritas, dictada de su ardiente caridad, y del zelo con que les excitaba al bien de sus almas, y tambien de sus cuerpos, incluyéndoles un tanto del despacho de la Real Audiencia, para que leído por Don Pablo Felipe, se enteraran de la Real benignidad con que se les perdonarian todos los delitos y muertes que hubiesen hecho en qualquier tiempo, como tambien todas las penas que podian temer los facinerosos que se habian refugiado con ellos, y los esclavos fugitivos, pues á todos se les concedian muchos privilegios y exenciones, para cuyo cumplimiento se les ofrecia garante, y con toda su proteccion por el Intérprete, con el qual tambien les envió una Imagen de Christo crucificado y un Rosario; pero llegando á la

Junta de los Nayeres, les leyó y construyó Don Pablo Felipe la Carta, y á todo respondieron por tres veces, en otra que á su vista escribió el Embaxador: Que no querian ser Christianos, que así lo dixo su Rey, que es el primer Nayerit: que no se censen los Padres Misioneros, que sin Padres ni Alcaldes Mayores, estaban con quietud, y si querian matarlos que los mataran, que ellos no se habian de dar para que los hicieran Christianos; y les revolviéron el Santo Christo y el Rosario.

Con tales desayres, no se entivió el zelo que ardia en aquellos apostólicos corazones, antes avivó mas el fuego de su grande caridad, y se resolvieron intrépidos á acercarse á la puerta de su serrania, sabiendo que les habian de salir al encuentro como irritadas fieras: luego que se avistaron á la primera Ranchería, aparecieron muchos Indios armados, que con alaridos y amenazas, procuraban espantarles; y ya casi al ponerse el Sol, llegó otra Esquadra de mas de treinta, que con alfanges, lanzas y flechas, que jugaban en ademán de dispararlas, pretendian intimidarles, para que desistieran de su empresa. Estaban los Misioneros arimados á un árbol, que hasta el dia de hoy miran con acatamiento los Pasajeros, porque con los brazos extendidos esperaban, ó meterse aquellos Bárbaros en el corazon, ó para que no tuvieran algun embarazo para traspasárselo las flechas; y adelantándose el Venerable Padre, al que le pareció ser el Capitan de aquella Tropa, le echó los brazos con muy expresivo cariño, y así le obligó á que oyera el fin de su venida.

Con eficaces razones les propuso los grandes bienes que se les ha-

bían de seguir si admitían la Ley evangélica, y los lamentables daños que les causarían su obstinación y rebeldía; pero solo respondieron que venían enviados de los viejos y principales, para asegurarles que no querían ser Christianos, y para que no les permitieran pasar adelante, so pena de que á ellos les quitarían la vida por traydores, y á los Padres por rebeldes: con esto, tirándoles un Zorro empajado, les dixeron: toma de eso para cenar, y se retiraron á un cerro inmediato. De tan bárbara respuesta, que volvió á ratificar el Capitán aquella noche, reconoció el Venerable Padre que la reducción de aquellos miserables solo la podrían efectuar las armas, y de ningún modo las razones; y con el dictamen de todos los que le acompañaban, se retiró, atravesada su alma de dolor, viendo quedarse ufano el Demonio, con el tirano dominio que tenía en las de aquellos Bárbaros.

Fecundando aquellos caminos con la lluvia de su doctrina, y calor que infundía en las almas su caridad zelosa, llegó el Venerable Padre á Guadalupe, y representando á la Real Audiencia los sucesos de su entrada al Nayarit, le hizo patentes las razones porque la reducción de aquellos Indios no se podía esperar espontánea, pues entre ellos vivían muchos Christianos apóstatas, de todos colores, jaces y calidades, y muchos Esclavos fugitivos, los que por conservar el libertinage de sus conciencias, les sugerían que no se redujeran, ponderándoles las vexaciones que habían de sufrir de las Justicias Seculares, y la sujeción á los Ministros Eclesiásticos, á lo que conspiraba lo bien hallados que estaban los Gentiles con sus embriagueces, idolatrias, robos y

lascivias, que hacían increíble el que ellos de su voluntad quisieran sujetarse, lo que solo podía conseguir la justa fuerza de las armas. Casi un mes estuvo en aquella Ciudad, empleando su apostólico zelo en fervorosas pláticas en los Conventos de las Religiosas, haciendo tambien por el Confesionario, que se refluorescieran en nuevos frutos aquellos sagrados pensiles. Visitaba en el Seminario á sus Colegiales, y muchos, desengañados de las vanas esperanzas del Mundo, dexaron sus corredores, por los Claustros Religiosos. Predicaba en las plazas con admirables efectos, que se veían en las frecuentes confesiones y reforma de costumbres, de forma que sin dar paso que no fuera un espiritual beneficio, dexó toda la Ciudad consolada, y se retiró á su Colegio.

Casi tres meses se mantuvo en su adorado Santuario, fervorizando su espíritu, para alentar mas el que admiraba en sus Súbditos, y estimularles á perfeccionarse en la vocación del Apostolado á que Dios les llamaba; pero le fue preciso interrumpir de nuevo su delicioso recogimiento, para ir á México á dar razon al Excmo Señor Virrey del estado en que se hallaba la difícil conquista del Nayarit: fatigaba esta el deseo y zelo de S. E. con agitación continua, y así formaba repetidas Juntas de su Real Acuerdo, para arbitrar los medios mas eficaces para conseguirla; por lo que quiso que tambien el V. Padre tuviera voto consultivo en ellas. Con tan poderosa memoria, se vio varado en la Corte, y como en negocios tan arduos se procede siempre con la lentitud, que los madura su ordinaria naturaleza, ó los demora la ocurrencia de otros, que son de mas executiva, le fue indispensable estar en ella como

seis meses. En ellos gozó de la mas deliciosa recreación de su espíritu, porque visitó los Monasterios de Monjas, y con su mudo exemplo y eloquentes pláticas, se vieron florecer de nuevo aquellos Jardines, vistiendose de mayor hermosura sus flores: delectábase de uno en uno en aquellos vergeles, por la diversidad de fragancias que producía la de sus institutos, haciendo la variedad de sus rosas un encanto de maravillas. No parecia exótica ó agena de la pluma esta metáfora en las Esposas de Christo, pues sabemos que gustó su Magestad de aparecerse á otra Esposa suya, y flor escogida, en un Huerto, y en traje de Hortelano y místico Jardinero. Como tal se complacia el V. Padre en todos los Conventos, y cultivaba tan bien formados pensiles, ó ya regándolos con la agua viva de la divina palabra, ó ya fecundándolos de nuevos frutos con la semilla que les daba en el Confesionario; concurriendo á todo la Providencia con las luces que le daba para sus espirituales consuelos. Fueron muchos los casos de estas iluminaciones; pero evitando el fastidio, bastará decir uno, que sirva para inferir los otros.

Deseaba una Religiosa comunicar algunas cosas interiores con el Venerable Padre, y habiéndole llamado otras á una Reja para el mismo fin, ella no queria sino decirse las en el Confesionario, por parecerle ser así preciso; pero llevada de la curiosidad de verle, entró tambien á la Reja, y luego que el V. Padre la vió, antes de que hablara ni una palabra, le dixo: Para eso que tiene que decir, no es menester el Confesionario, aqui se puede comunicar: y habiéndole sobre sus dudas, la dexó consolada, como á todas las que le llama-

ron á sus consultas. No por esto se puede decir que el V. Padre se andaba en flores, pues al mismo tiempo trabajaba en la Heredad del Señor con infatigable esmero, haciendo labor, no solo en el arbusto mas pequeño, y espinoso cambron, sino tambien en el mas alto cedro, y en el mas rico olivo; pues á todos los estimaba por el precio que habían costado; y como este era igual en todos, igualmente les solicitaba el remedio, y franqueaba la agua, en que por una confesion dolorosa, pudieran purificar sus almas, y sacar frutos dignos de penitencia; y así desde el mas humilde y pobre, hasta el mas alto y rico que le buscara, hallaban en él, no solo su espiritual consuelo, sino tambien el de sus temporales cuidados.

Así sucedió á un Caballero que hizo diligencia de que el V. Padre fuese á su casa. En ella estaba una Señora, cuyo marido se había ausentado al Perú por causa de su comercio, y la Señora, muy afligida, le pidió al Padre que le encomendase á Dios, expresándole la pena de parecerle que ya no volvería á verle, y á esto le respondió: Hija, tenga mucha fé en Dios, que no pasará el dia de la Concepcion Purísima, sin que su marido esté en tierra de la Nueva España. No faltaban para el plazo mas que diez dias, y el marido no había cumplido siete meses en su viaje, por lo que el Caballero que había oído el vaticinio, no solo lo tuvo por dudoso, sino por imposible; pero lo vió cumplido, recibiendo correo, en que se le avisaba, que el dia siete de Diciembre dió fondo la embarcacion en Acapulco, y que en ella había venido el Sugeto; cuya experiencia, dice el mismo en su juramento, le causó gran confusion de haber dudado lo que el

V. Padre dixo.

Despues de muchas conferencias y representaciones que el Señor Virrey interpuso á la Audiencia de Guadalupe para la expedición del Nayarit, se resolvió diferirla hasta el Octubre del mismo año; y como esto era lo que detenía al V. Padre en México, determinó luego restituirse á su Colegio, y se vino para Querétaro, trayendo las licencias para la traslación del cadaver del V. P. Fr. Antonio de los Angeles, su íntimo hermano, hijo espiritual y compañero en sus santos ejercicios.

En esta ocasion llamaron al V. Padre del Convento de Santa Clara, para que confesara una Religiosa, que habia siete años padecía una fatal perlesia, ó por mejor decir, paraplexia, pues comprehendido todo el cuerpo de su afecto, le dexaba la cabeza libre para poder confesarse: accedia un monstruoso scirro en el vientre, continuados vómitos, sordera y espantos, que la sacaban de juicio, y la tenia tan funesto syndrome impedida de todos sus naturales movimientos. Confesóla el V. Padre con mucho consuelo de su alma: y despues, imponiendo las manos sobre su cabeza, le rezó los santos Evangelios. Pocas horas habian pasado, y llevándole los alimentos, se sentó sola, sin saber como, pero con tal violencia, que dió un buelco en la cama, y prorrumpió en voces, diciendo: ya estoy buena; lo que oían asombrados los que sabían que la enfermedad es reconocida por incurable por la misma Medicina; y así atribuían tales movimientos al extremo de ser ya los últimos paroxismos: por este temor llamaron á los Padres Capellanes, y se conmovió todo el Convento; pero á vista de todos, la enferma saltó de la cama, y dió pasos por la

celda, pidiendo á las Monjas que cantaran el *Te Deum laudamus* en accion de gracias, con lo que salieron del susto, viéndola ya libre de la enfermedad, y de todos los demas síntomas: al otro dia, reflexando la enferma en lo que se habia confesado, pidió le llamaran al V. Padre, para expresar algunas circunstancias que le parecían necesarias; y entrando el V. Padre, ántes que ella le hablara, le dixo con claridad quanto tenia en su interior, y la dexó extraordinariamente consolada: quedó con todos sus movimientos libres, menos para andar por el Convento, por una opthalmia antigua, que le impedía hasta ver la luz de la candela; y pidiéndole una hermana suya al V. Padre, que le rogara al Señor le mejorase la vista, le respondió: La vista se le mejorará quando vea la cara de Dios: y fue así, que no vió mejor hasta que murió.

Caminando ya para Zacatecas, tomó la derrota por la Villa de San Miguel el Grande, de donde salió una mañana, y á las diez del día llegó á una Hacienda, y preguntándole el Coadjutor del Cura, por donde habia vadeado el rio que está intermedio en el camino, pues habia muchos dias que su avenida no permitia pasarlo? Le respondió: No he visto río, sino solo un cañito que no me impidió el paso; por lo que quedaron admirados varios que lo oyeron, pues todos conocian que no pudiera ser en el estado en que veían el rio, sino por milagro. Así honra Dios á los humildes, a vista de los hombres que hacen mas ruidosas las virtudes, ya que no mas grandes, sino en el dictámen del vulgo y de la ignorancia, que mide la estatura por la sombra.

Llegó el V. Padre á su ama-

do Colegio, con fervorosos deseos de juntar con la vida apostólica la ascética, á que convida aquel desierto y devotísimo Santuario, de modo, que el mismo corazón que el amor de Dios inflamaba en la contemplacion divina, se lo comia el zelo de su casa, y solo este le sacaba del retiro de su Celda, ó de las delicias del Coro, para declamar intrépido por las calles y plazas contra todos los vicios, sin reparar en horas, trabajos ni peligros. Con este eficaz anhelo de evitar las muchas ofensas que se le hacen á Dios en las fiestas, y el Demonio desazona con las mas escandalosas culpas, se fue á una que se hacia en un barrio de la Ciudad; y para estorvar los escándalos que se siguen de tales concursos, predicó hasta casi entrada la noche, por lo que se fue á recoger al Convento del Gran Padre S. Agustín. Estando con el R. P. Prior y otros Padres, llamaron ya á deshora á la Portería, pidiendo que fuese el Padre Margil á una confesion, y subiendo á avisarle, el V. Padre le suplicó al R. P. Prior enviase á otro Religioso, y luego lo hizo. Confusos y admirados quedaron los Padres de que se hubiese excusado de aquel trabajo, el que sabian que no omitia fatiga alguna que fuese en beneficio del próximo; mas conociendo sus afectos, el V. Padre les satisfizo diciendo: «Que no habia ido á aquella confesion, porque era simulada, y querian darle de palos por las verdades que les habia predicado aquella tarde.» Así lo vieron confirmado, porque al salir el Padre á la confesion, conocieron que no era el Padre Margil, y echa-

ron los que lo pedían á correr, y no se pudieron descubrir, aunque se hicieron diligencias para ello, con lo que quedaron todos persuadidos á que con luz superior solo pudo el Venerable Padre conocerlo, y que con tan suave providencia, habia dispuesto la divina el que el Demonio no consiguiera que fuese sacrilegamente ultrajado el Predicador de su divina palabra y Pregonero del gran Rey de la Gloria. Ese mismo vigilante zelo persuadía á todos sus nuevos Misioneros, y les enviaba por todas aquellas Provincias, como laboriosos Operarios, al cultivo del tan dilatada é inculta Viña, para que derramando mucha agua de sus venas, beneficiaran con su riego aquellos campos, y volvieran cargados de ópimos y copiosos frutos. Solo él no se atrevia á alejarse á largas distancias; porque esperaba las providencias para la conquista del Nayarit, segun las insinuaciones de los Superiores que las dirigian, y por eso se esmeró en perfeccionar la forma de vida é interior gobierno de aquel Colegio conforme á los Estatutos apostólicos; y quando segun ellos, ya habia bastantes Religiosos para proceder á la eleccion de Guardian, consultó sobre ello al M. R. P. Comisario general, y éste dió comision al R. P. Provincial de Zacatecas para que presidiera el Capítulo, en el qual fue elegido y confirmado el R. P. Fr. Joseph Guerra, con gran complacencia del V. Padre, pues por sus virtudes, letras y apostólico zelo, hasta hoy vive la memoria de su acertado gobierno.

CAPITULO XX.

Sale el Venerable Padre á misionar, y se interna en las Naciones Gentiles.

BIEN penetraba la experta prudencia del V. Padre que la conquista del Gran Nayar pedía grandes expensas, y que estas las exigían también otras urgencias más executivas: que las demoras inmutan mucho las circunstancias de los proyectos, y que en su práctica representan la scena los que ménos se pensaba; pero como se le habia notificado el Real Orden de que aquella expedición evangélica corriera por su mano, esperaba las órdenes, regalando en el ínterin su enamorado espíritu en la religiosa soledad de su Colegio, y en el dulce sueño de la oración, que á veces interrumpía, saliendo á cortas distancias, como mística abeja reducida al hueco de un tronco, sin distraerse sino á los vecinos huertos, para traer nueva miel con que aumentar sus panales; y viendo pasados ya dos años, debió de prever también que se pasarían cinco, y al cabo no sería él destinado para la empresa, y se determinó, como Real generosa Aguila, á girar por otra mas dilatada esfera.

Tenia orden del Rmó. P. Comisario general de Indias, para que estando arreglada la fundación del Colegio, pudiera ocuparse en misiones por todas partes, según le pareciera mas conveniente, sin que le pudiese impedir su apostólico empleo ningun inferior Prelado, ni el salir con otro Compañero á sus misiones; pero como en su Presidencia habia sido norma de Prelados, quiso tam-

bien ser exemplar de rendidos Súbditos, y pidiendo particular licencia al Guardian del Colegio, enderezó sus pasos á donde le pareció que la necesidad era mas urgente, caminando al Mazapil y al Nuevo Reyno de Leon, que por ser Países tan remotos, eran los mas necesitados.

Todo el designio con que el V. Padre dirigía su derrota hácia el Norte, lo declaró en una Carta, diciendo: «Ya que este pobre Colegio hasta ahora no ha podido tratar de «Infieles, será bueno que yo, como «indigno Negrito de esta mi Ama de «Guadalupe, pruebe la mano, y Dios «nuestro Señor obre.» Iba, como siempre, en continuada tarea de confesar y predicar en todos los Poblados, Ranchos y Haciendas, sin perdonar fatigas de rodeos y descaminos, por el bien de las almas. Fue misionando desde Mazapil y Saltillo hasta Monterrey, y llegando á la Villa de Sabinas, un Señor Clérigo le hospedó benignamente, y apoyó su zelo apostólico, por lo que con su auxilio, y el de otro Caballero, á orillas del mismo río de Sabinas, bien distante de la Villa, plantó una Mision de Gentiles con el título de nuestra Señora de Guadalupe, y fue la primera con que se condecoró su Colegio con el honroso título que goza de *Propaganda fide*. Luego comenzó á fabricar su Iglesia, aunque pajiza, y con toscos maderos la habitación necesaria; y poniendo toda la eficacia de sus deseos, congregó muchos Gen-

tiles que andaban erráticos y vagantes muy léjos de aquellos contornos. Gozoso se ocupaba con su Compañero en el catequismo é instruccion de aquellos incultos y agrestes entendimientos; pero quando mas afanados en su cultivo, á costa de mucha paciencia y graves penurias, les iban enseñando los sagrados dogmas y obligaciones de Christianos, se enfurecía el Demonio, al ver que con esta y otra Mision del Colegio de la Santa Cruz, que estaba de allí á dos leguas, se le redimían de su tiranía muchas almas, é irritó también los rebeldes ánimos de los Indios Tobosos, que hostilizaban con robos y muertes las Provincias de Nueva Vizcaya y Cohaguila, para que destruyeran aquellas dos pequeñas Misiones, que para el Infierno eran ya formidables.

Al medio día asaltaron la otra Mision, y robando quanto en ella habia, no perdonaron ni aun el hábito que tenia vestido el Misionero, y lo hubieran muerto, como ya lo habian hecho con una India, si algunos de ellos, que debían de ser Christianos apóstatas, no se lo impidieran, y por ellos mismos consiguió el Padre que le volvieran el santo caliz, ya que las sagradas vestiduras las habian hecho pedazos para repartirse entre ellos. Viéndose el Misionero enteramente desnudo, se cubrió con una sobreenjalma, y se fue á refugiar á la Mision del P. Fr. Antonio: éste le recibió con repique de las Campanas, y cantando el *Te Deum laudamus*, por la felicidad de haberle el Señor hecho digno de padecer por Christó; y no teniendo otro hábito ni túnica con que vestirle, de una manta blanca le cortó y cosió un hábito, que le vino muy á propósito. Con igual amor cuidó de un muchacho Indio, á quien

los Tobosos le pasaron el cuerpo con un chuzo; y poniéndole solo un poco de Vino, al otro dia ya estaba aliviado, y dentro de muy pocos, cabalmente bueno. Estaban los tres Misioneros en el mayor peligro de perecer todos, porque cebados los Tobosos, era de temer que repitieran el asalto, y por eso el Ministro de la Mision de los Dolores les envió á los dos dias competente gente para que les condujera á ella, dexando desamparadas las otras dos, pues intimidados los Indios, se habian retirado á sus montes, y no sería fácil volver sin defensa alguna á congregarlos.

Con efecto, proseguían en sus bárbaras invasiones y robos los Tobosos, impidiendo toda poblacion, por lo que sin el amparo de las armas, era temeridad restablecer las Misiones destruidas, y ponerles la mesa para su insaciable codicia, exponiendo al mismo tiempo las vidas, sin mas fruto que el de perderlas; y así, desistió por entónces de sus deseos, y se salió al Real de Voca de Leones, en donde hizo mision, prosiguiendo por Sabinas y otros Lugares, en que viendo los copiosos frutos que daban, entendió declarada por esta parte la Providencia divina, y determinó satisfacer la obligacion de su Instituto, insistiendo en el ministerio, pues si Dios lo puso para que fuese luz del Mundo, no podia beneficiarlo sino estando en continuo movimiento, para ilustrar con la doctrina evangélica aquellas incultas almas. De allí se fue buscando, como buen Pastor, las ovejas, que estando en los rebaños son las mas perdidas, y son innumerables almas, que componen las pastorias abrigadas en todo el Nuevo Reyno de Leon. Sabia que los infelices que sirven en tales Haciendas, y nacen y

viven en ellas, apenas estan bautizados para llamarse Christianos, pero en todo el año, ni oyen la Doctrina Christiana, ni una Misa, y solo ven los mayores desórdenes en sus Padres y Compañeros, sin confesarse, aun estando en los mayores peligros de perder sus almas: por eso se introducia en sus Ranchos el V. Padre, y con la mayor suavidad les iba explicando los sagrados Misterios y Sacramentos, é instruyéndoles en el de la Penitencia, para poder confesarse. Esto era llover una saludable agua sobre una sedienta tierra, que luego producía los frutos que descaban; y así les iba cultivando, y exhortándoles á observar el modo con que habian de vivir, y les dexaba impuesto, conforme á un Católico, que siempre andaba expuesto á condenar su alma en tan peligroso trabajo y selvático exercicio.

Con tan útil trabajo, subió á la Villa de Cadereyta, y se internó en todas las Pastorías circunvecinas; y girando como Astro que Dios habia puesto para ilustrar á aquellos miserables, baxó á la de Guaxuco derramando influxos de luz para su beneficio, con tal consuelo de su zeloso espíritu, que decia en una Carta: «Estamos haciendo mision entre Fieles, con grande consuelo de las almas de este Reyno. Creo que el Señor nos acompaña, y derrama á manos llenas sus misericordias.» Podia comprobarse esta piadosa creencia con muchos casos raros; pero baste uno solo. Hospedóse el V. Padre en una Hacienda del Valle de Guaxuco, y estando ya todos recogidos, solo el dueño de la casa se desvelaba, con tal inquietud, que su muger le hubo de preguntar la causa, y le respondió: No sé que tengo que no me dexa dor-

mir, pero se me han acordado todos los pecados de mi vida, y si tuviera al Padre aquí, me confesara. Mas desvelado y solícito estaba el Padre por esos mismos pecados, pues al acabar de decir esto, le tocó la puerta del quarto, que estaba bien distante del de su hospicio, diciendo: ¿Hay quien se quiera confesar? Sí, Padre, respondió él; y vistiéndose, se fue con el Padre, y él hizo su confesion con mucho consuelo de su alma y evidente auxilio de la divina Misericordia. Tres meses gastó el V. Padre en estas correrías apostólicas; y como fatigaba á su zeloso espíritu el vivo deseo de plantar nuevas Conversiones de Gentiles, se volvió á Vocea de Leones, en donde se proporcionó escolta segura para entrar á las Misiones del rio del Norte, que pocos meses antes se habian sublevado, y se puso luego en camino.

Fue como siempre, muy gustoso á pie hasta el rio de Sabinas, y aquí se le ofreció la mayor mortificación de toda su vida: en toda ella habia transitado millares de leguas, sin mas alivio que su báculo, aunque se le habian ofrecido gravísimos riesgos de perder la vida, é indecibles incomodidades de unas partes á otras, por predicar el Evangelio, como envió á sus Apóstoles Jesuchristo; pero en este puesto le intimaron el Cabo y Soldados, que habia de montar á caballo: procuró el V. Padre resistirlo; pero como verdadero humilde se venció á sí mismo, y obedeció á la razon de tener jornadas de muchas leguas, sin agua para las cavaladuras, del continuo peligro de que en el camino les asaltaran los Tobosos, y de no poder dexarle ir solo y á pie, por lo que montó el Caballo. Mucho tormento fue este para su espíritu, y no

menor para su cuerpo, pues teniendo dos quebraduras, cada movimiento de la bestia, que no sabia regir con la rienda, era un agudo dolor en ellas. Y ciertamente, ahorcado en un bruto muchas horas seguidas, y muchos dias continuados, es una especie de martirio, que quando al mismo bruto lo acaba y cansa, es preciso que sea penosísimo al racional que lo sufre, ó que sea insensible ó de piedra el que hace vanidad de no sentir su molestia; y así, fue excesiva la del V. Padre, pues nunca habia militado con tan forzadas marchas.

Llegó á la Mision de San Juan Bautista, y les hizo mision á los Presidiales, fundando en ella la Tercera Orden de Penitencia, y exhortándoles á la perseverancia en la virtud y buenas obras. Era el fin de su jornada, el de ver si podia conseguir el poner una Mision de Fieles, y tratado con el Capitan del Presidio, salieron á buscar sitio acomodado, y ninguno de los que anduvieron les pareció á propósito, por lo que se volvió á Cohaguila, donde reside el Gobernador de aquella Provincia, hizo en ella mision, con admirables frutos, y se pasó á la Mision de los Dolores. Se consumia de pena el corazon del V. Padre, viéndose rodeado de los muchos Gentiles que habitaban aquellos páramos, sin poder congregarles; pero llegando dos Compañeros de su Colegio, hizo otra tentativa, por si habia llegado la hora de Dios para reducir aquellas almas: puso á las orillas del rio Salado otra Mision, con el título de nuestra Señora de Guadalupe; pero siendo indubitable el que no habiendo escolta de Soldados, es imposible sujetar á doctrina á los Indios, á poco tiempo se volvieron á sus montes, y se aca-

bó la mision.

Por esta causa se veía aquel espíritu, todo apostólico, como en un ócio y violenta inaccion de su ministerio, y retrocedió muchas leguas á misionar en las partes á que no habia llegado antes, por la extension de Monterrey; y andando del mismo modo, beneficiando con la luz del Evangelio aquel Nuevo Reyno, tuvo noticia de que ya se acercaba la entrada á los Texas, y se volvió á esperarla en Vocea de Leones. En él predicaba y confesaba incansablemente, y con las licencias necesarias fundó un Hospicio, que hasta el dia habia sido muy útil á aquellos Vecinos, por no tener toda aquella Feligresia mas Sacerdote que su Cura, y por haber establecido en él el Tercer Orden de Penitencia, con lo que gozan de muchos bienes espirituales sus almas; y tambien porque en él se hospedaban los Misioneros de las Provincias de Texas.

Estando ya en la Mision del rio del Norte toda la Expedicion de Texas, y los Religiosos Misioneros, se vino el V. Padre para acompañarles; pero en el camino se enfermó y con gran trabajo le conduxeron á la Mision. Fue agravándose la fiebre, hasta ser preciso darle el sacrosanto Viático, que recibió con gran ternura y resignacion christiana. Animábales á la empresa con fervorosas ansias, y llenándoles de bendiciones, como á sus amados hijos, se despidió de todos, y de cada uno de ellos. Salieron llenos de dolor y desconsuelo de dexar tan amable Padre y exemplar Compañero en tan grave peligro; pero Dios oyó sus ruegos, y á pocos dias convaleció del todo, y sobre las mismas huellas les fue siguiendo, y les halló á cada uno en la Mision qu-

habia plantado. Todo el año se mantuvo el V. Padre en la de nuestra Señora de Guadalupe, y de los Indios Nacogdochis, por ser muy cortas las providencias para intentar otras nuevas Conversiones, y en el interin se mejoraban, estaba con los otros tres Misioneros en su pobre choza, como en un Monasterio: rezaban el oficio divino á coros: tenian juntos sus horas de oracion: aprendian los idiomas de los Indios: trabajaban personalmente en la fábrica de la Iglesia y vivienda; y sembraban la tierra para sus precisos alimentos. En todo era el primero el V. Padre, y mas en agasajar á los Indios, que le visitaban á todas horas; y como una Madre amorosa, les acariciaba en sus continuas impertinencias, y les disimulaba sus groseras ignorancias.

Por el Invierno, que en aquellos Países es rigidísimo, pasó á visitar la Parcialidad de los Indios Ays, á los que congregó en una nueva Mision, que tituló nuestra Señora de los Dolores: á las cincuenta leguas de esta, les puso otra á los Adays, y les dexó un Ministro para su catequismo: diez leguas adelante estaba el Fuerte y límite de los Franceses; y sabiendo que no tenian Ministro alguno Eclesiástico, le compelió su caritativo zelo á ir á visitarles, y su religioso estilo les ganó los afectos; y llevando Ornamento, les dixo Misa, y por Intérprete, les predicó la palabra divina; y á muchos que entendian algun tanto nuestro idioma, les confesó y administró el Eucarístico Sacramento. Todos le quedaron sumamente agradecidos, y mas el Señor Vicario general de la Movila, que llegando á su noticia los oficios del V. Padre, le escribió una obsequiosa Carta, agradeciendo su apostólico zelo, encargán-

dole hiciese con aquellas sus ovejas los buenos oficios de Pastor, como si fuesen propias suyas, puesto que todas eran de un mismo Gremio Católico, aunque de diversas Coronas en lo político. Fue este salvo conducto muy del genio del V. Padre, y con él logró su apostólico zelo quantas ocasiones pudo; y en todas mucho fruto y consuelo de aquellos desamparados Christianos.

Era la perla preciosa de sus afectos la Mision de los Dolores; y volviendo á ella, le llegó la última hora á un Religioso Lego muy virtuoso que tenia de Compañero, en la que le sirvió y auxilió hasta entregar su alma al Señor. Quedó tan solo, que ni un Indio habia en la Mision, por haberse ido á buscar alimentos en los montes, y cuidar sus sementeras, que tenian bien distantes; y habiendo de avisar á los Misioneros la muerte del Religioso, envió al único hombre que habia, con título de Soldado, quedando el Padre cuidando unas Cabras que se llevaron para procreo. No admiracion, sino asombro sería ver aquel austero, extático Solitario; porque teniendo el corazon desprendido de la tierra, no tenian tampoco sus potencias otro estudio, ni sus sentidos otro empleo, que el amar solo, y contemplar en la Divinidad hermosa, reduciendo á estos afectos todas las operaciones de su alma, castigando su cuerpo, porque siendo carne de pecado, no se revelara contra los anhelos de su espíritu, y teniéndole humillado con ayunos y mortificaciones tan penosas, que serian de admirar aun en los mas rígidos Anacoretas.

Aunque eran grandes las penurias que todos pasaban, para el V. Padre no eran nuevas, porque en la

mayor parte del tiempo que estuvo en Texas, su desayuno era un poco de maiz tostado y molido, cocido en agua pura: su comida y cena eran maiz cocido, y tal vez algunos granos de frijoles, sazonados con agua y sal-tierra: otras veces eran yerbas campestres, y raras con grosura de Oso ó de Venado, y hubo tiempo en que los Cuervos silvestres fueran su único alimento. A tan dura abstinencia, juntaba un continuo y penoso trabajo; porque por su mano labraba la tierra, y con la hazienda sembraba las semillas, que despues cultivaba: texia cestos de mimbres, cortaba los maderos, torcia cordeles, y salia por los montes á recoger nueces para repartir á los Indios en sus necesidades, y atraerles al catequismo; y con todo, estaba tan gustoso en sus penurias y fatigas, como pudiera estarlo en la mesa mas opípara, ó en la ociosidad mas deliciosa; y así, consolaba á los demas Misioneros, diciéndoles: «Esta detencion de socorro, la permite el Señor para nuestro bien. Como al oro en la hornilla, prueba el Señor á los electos. Si está con nosotros Dios en la tribulacion, ya no es tribulacion,

«sino gloria. Como Christo en la Cruz «atribulado, y bienaventurado en las «manos de su Padre, Hostia viva, y «siempre viendo la cara de su Padre, «como bienaventurado.» Así animaba el V. Padre á sus Hermanos en sus tribulaciones y necesidades, porque es propiedad de corazones magnánimos y amantes, mirar un trabajo, como premio y galardón de los otros.

Dos años corrian, y en ellos interrumpida la comunicacion de Cartas, y por eso, aunque habia sido electo y confirmado Guardian de su Colegio el V. Padre, desde el año de diez y seis, y era ya el Agosto del diez y ocho, no habia tenido noticia alguna, y considerando abanzado ya el trienio, y que se habria tomado otra providencia para el gobierno del Colegio, renunció, en el caso de que por tan larga demora se hubiese confirmado otro de los tres elegidos, y como este juicio era tan razonable, como adaptado á su humilde genio, lo dió por legítimo, y prosiguió en el anhelo de atraer á sus tres Misiones mas Catecúmenos, estimando la continuacion de sus indigencias y penosas tareas, mas que la Prelacia.

CAPITULO XXI.

Retíranse los Ministros de las Misiones, por la invasion de los Franceses; y dexando el P. Fr. Antonio fundada una Mision de Infieles, vuelve á restablecerlas, y es elegido segunda vez Guardian de su Colegio.

ES cierto que aun los rumores marciales bastan para enmudecer las leyes, antes de oirse el estruendo de las armas y clarines: así se vió en Texas, quando rotas las paces de España y Francia, llegó la

noticia á la Movila, y de esta se vulgarizó en el Presidio de Nachitos, cuyo Comandante, sin orden de su Gobernador, se anticipó á declarar con la hostilidad la guerra. Bien veía que una inocencia desarmada no po-